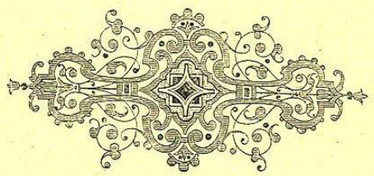
sa su vecina se eximió también del señorío de Toro y se apellidó *del Rey* en memoria de esta merced.

Al terminar esta histórica correría, pálidos aparecen los recuerdos y hasta insignificante la fisonomía de las restantes villas de la comarca, por más que sean relativamente populosas. Restos de fuerte castillo, una puerta de su derruída muralla y un suntuoso palacio de sus señores ofrece la Mota, nombre genérico que en la provincia equivale á fortaleza, y al cual añadió el dictado del *Marqués* desde que reinando Felipe II fué erigida en marquesado á favor de D. Rodrigo de Ulloa. No dos parroquias, que estas las tienen allá los más pequeños lugares, sino cuatro cuenta la villa de Tiedra, lo cual unido á su sobrenombre *la Vieja* y á las ruinas del castillo que la guardaba indica su importancia antigua; hoy se la conoce principalmente por la fama de una devota efigie de nuestra Señora á la cual venera en pomposo santuario. Ni una ni otra suenan en la historia de las Comunidades; la que alcanza en ellas algún papel es Peñaflor, de donde salió completo para recoger su fácil lauro el ejército de los gobernadores, y que en Diciembre anterior, al marchar sobre Tordesillas los imperiales, había visto ya saqueadas sus casas y profanados sacrílegamente sus templos por una compañía de peones (1). No era la primera vez que experimentaba la pobre villa los estragos de la guerra: quiso resistir denodadamente en 1465 á todo el poder de los grandes conjurados en Ávila contra Enrique IV, y tomada al fin sufrió la pena de ver nivelados sus muros con el suelo.

Pero en verdad que nos fatigan ya tantos sitios y saqueos, combates y matanzas, como entretejen, exclusivamente casi, los anales de aquellos pueblos y que hacen envidiable la suerte de

(1) Acudió á castigarlos el general conde de Haro, pero viendo que se apercibían á la resistencia y temiendo las resultas en vísperas de una batalla, se contentó con lograr que se devolviesen á la iglesia sus alhajas. Sólo un cáliz de plata no pareció; al día siguiente se encontró en la manga del sayo del capitán Bosmediano, el primero á quien derribó sin vida un tiro lanzado desde el muro de Tordesillas.

los que carecen de historia. Sobre huellas de sangre hemos caminado sin interrupción apenas desde nuestra salida de Valladolid, y echamos menos aquellas paradas á la sombra de los claustros ó bajo los pórticos de alguna iglesia solitaria, que en las pasadas excursiones se nos ofrecían, y que en ésta nos ha impedido hasta ahora la corriente de los sucesos, dejándonos entrever no más entre el polvo de las batallas las torres de lejanos monasterios. Ruinas también nos esperan allí y estragos lamentables, no todos causados por el tiempo, sino bastantes por la mano del hombre; pero hasta la melancolía se impregna de la tranquilidad de los sitios, y en el silencio y soledad la imaginación cobra vigor para rehacer lo destruído, y el corazón suavidad para perdonarlo.